

MENANDRO RÉTOR Y LA FIGURA DEL GOBERNADOR

María Jesús Ponce
Universidad de Sevilla

La autora estudia el elogio de Menandro Rétor al gobernador como cabeza de la administración imperial en las provincias y las ceremonias y rituales a ellos asociados como vertebradores de la relación entre el Imperio y la ciudad griega.

The authoress studies Menander Rhetor's eulogy to the governor as head of Imperial administration in provinces and in ceremonies and rituals as instruments of the relation between Empire and Greek city.

El mundo griego vio multiplicarse durante la época imperial el número de ocasiones, tanto públicas como privadas, para la pronunciación de discursos. El segundo de los tratados que han llegado a nosotros bajo la autoría de Menandro Rétor, detalla una serie de momentos o situaciones que a finales del s. III de nuestra era se prestaban al ejercicio del ritual oratorio¹. El Libro Décimo de las cartas de Pli-

¹ El segundo tratado (T2) de Menandro clasifica el elogio en función del tipo de discurso y, por tanto, de la circunstancia en que es pronunciado, en cambio el primer tratado (T1) lo hace en función del objeto del elogio. Un tratamiento sintético de las diferencias entre ambos tratados y de los problemas de autoría y datación en D. A. Russell-N. G. Wilson, *Menander Rhetor* (Oxford 1981) XXXIV-XL, cuya edición seguiremos en este artículo.

no daba una idea del carácter ceremonial o ritualizado de la vida pública y privada de las ciudades griegas a principios del s. II d.C., a partir de las circunstancias concretas de la provincia de Ponto-Bitinia². Sin tener en cuenta las representaciones sofisticadas, la mayor parte de las grandes ocasiones para el discurso público se relacionaba con ceremonias vinculadas a la ciudad, la fiesta, el emperador o el gobernador, siendo este último el que centrará nuestro estudio, así, las llegadas del gobernador a la provincia o a cada una de las ciudades que recorría dentro de ella eran también marcadas por ceremonias. El mundo griego había conocido este tipo de ceremonias desde hacía mucho tiempo, pero en época imperial se emplearon las formas de la prosa oratoria para marcar cada una de tales circunstancias. Los tratados de Menandro dan una buena idea del lugar que ocupa el discurso en el ámbito ceremonial. Los discursos epidícticos derivan a un tiempo de los modelos poéticos y de la tradición retórica del elogio sin alejarse de la práctica social. No se trata de la simple utilización de esquemas heredados de la tradición sino de su actualización como respuesta a las necesidades del momento³.

En lo esencial estas circunstancias se pueden agrupar en dos grandes categorías atendiendo a su pertenencia a un ámbito público o privado⁴. En la primera destacan los discursos pronunciados con ocasión de la llegada (*epibatérios*, T2, 378.4-382.9 y *prosphonetikós*, T2, 414.13-418.4) y despedida (*propemptikè laliá*, T2, 395.21-24) de una importante autoridad romana. Es significativo que ni Menandro, ni ningún otro teórico griego, den un ejemplo antiguo del género y que tampoco lo desarrolle para el emperador sino únicamente para el gobernador. Ligado a este tipo y también dirigido a un gobernador se encuentra el discurso de invitación (*kletikós*, T2, 424.3-430.8) pronunciado por un embajador de la ciudad ante la autoridad romana⁵. En todos los casos el elogio del gobernador (T2, 379.5-381.29, 389.3-390.13, 415.15-418.4, 424.17, 426.15-18, 429.8-13) se debe realizar conforme al elogio de persona⁶, si bien los *topoi* tradicionales se presentan normalmente de manera selectiva o incompleta (T2, 415.1-3, 417.1-4) y siguiendo el orden que mejor convenga al orador (T2, 380.7-9).

² Plin. *Ep.* 10.1, 14, 17, 35-36, 43, 52-53, 88-89, 100-103, 116-119..., cf. A. N. Sherwin-White, *The Letters of Pliny: A Historical and Social Commentary* (Oxford 1966).

³ Cf. L. Pernot, *La Rhétorique de l'éloge dans le monde gréco-romain* (Paris 1993) 94-102.

⁴ Esta segunda gran categoría de discursos de circunstancias corresponden fundamentalmente a acontecimientos familiares que, aunque pertenecen a la esfera privada, cobran una inusitada resonancia pública gracias a la importancia del *laudandus*. Junto al elogio fúnebre hacen su entrada en la retórica durante la época imperial el discurso de matrimonio y el de aniversario, que anteriormente pertenecían al ámbito de la poesía. Menandro nos da algunos ejemplos: *Epitalmio*, T2, 399.11-405.13; *Kateunastikós*, T2, 405.14-412.2 (para el matrimonio); *Genethliakós*, T2, 412.2-413.4 (para el aniversario); *Paramythetikós*, T2, 413.5-414.30; *Epitáphios*, T2, 418.5-422.4; *Monodia*, T2, 434.10-437.4 (para el funeral). No nos detendremos en estos tipos pues Menandro no considera la posibilidad de dirigirlos al gobernador.

⁵ Otros discursos de embajada pero dirigidos al emperador serían el *presbeutikós* (T2, 423.6-424.2) y el *stephanotikós* (T2, 422.5-423.5).

⁶ Un buen tratamiento del elogio de persona se puede encontrar en L. Pernot, *op. cit.* 134-178.

A través de los manuales de retórica se aprecia cómo el encomio es uno de los medios para establecer una relación entre el personaje elogiado y aquellos que le dedican la alabanza. Las comunidades, que se expresan con medios más o menos espontáneos como las aclamaciones, también lo hacen a través de un elemento sumamente formalizado como es el discurso epidíctico. Una de las formas más frecuentes en retórica de dirigirse a un gobernador romano es saludarlo como a una estrella del cielo o un rayo de sol (T2, 378.10-12, 378.22, 380.29-31, 381.12, 381.15-17) acompañándolo de expresiones de regocijo y alegría por tan feliz encuentro (T2, 378.4-10, 378.29-31, 381.25-27, 382.3-4). Estas expresiones están orientadas a dar un sentido de renovación a las relaciones que la comunidad mantiene con la autoridad. Esto es más claramente expresado cuando se pone en conocimiento del recién llegado la mala actuación del anterior magistrado, pues: “Habiendo sido maltratados por el gobernador saliente, describirás y ampliarás las dificultades, sin injuriar en modo alguno al cesante, sino refiriendo simplemente la desventura de los súbditos. Luego añadirás: ‘Como la noche y la oscuridad se habían adueñado de todo, tú mismo, visto como un sol, disipaste todas las dificultades a la vez’ ” (T2, 378.18-23). Esta imaginería del gobernador que llega como una estrella del cielo o un rayo de sol no es una simple expresión pictórica, sino un medio de señalar la importancia que tal encuentro supone y el deseo de potenciales resultados. El cuidado que pone el rétor en que no se injurie al magistrado saliente refleja la complejidad que dominaba este tipo de relaciones donde el orador, aunque recurriera a fórmulas retóricas conocidas, debía definir una determinada actitud de la comunidad hacia la autoridad. Si las críticas al gobierno anterior traducían un estado de ánimo colectivo, a saber, el deseo de renovación o cambios en el funcionamiento de la maquinaria administrativa romana, debían siempre dejar a salvo la dignidad de la institución provincial y aún más del gobierno de Roma. Esto da una idea de cómo las ceremonias y rituales dirigidos a la figura del gobernador adquirían una dimensión más amplia en relación a todo el imperio romano. De ahí que los discursos de salutación a gobernadores incluyan necesariamente un encomio al emperador (T2, 379.2-4, 415.5-23) o que se dediquen agradecidas palabras al monarca por haber enviado tan excelsos magistrados a las provincias (T2, 378.31-379.2, 415.12-14). Ésta es la forma en la que expertos oradores podían señalar a la autoridad competente las deficiencias en el sistema de administración romana, siempre con la intención de mejorar su funcionamiento y nunca para subvertir el gobierno de Roma⁷. Esto permite que un orador como Díon Crisóstomo, que comulga abiertamente con el orden romano, señale la necesidad de poner coto a los gover-

⁷ Para las actitudes contrarias a Roma véanse C. S. Walton, “Oriental Senators in the Service of Rome: A Study of Imperial Policy down to the Death of Marcus Aurelius”, *JRS* 19 (1929) 38-66, R. MacMullen, *Enemies of the Roman Order* (Cambridge 1966) y G. W. Bowersock, “The Mechanics of Subversion in the Roman Provinces”, en *Opposition et résistances à l’empire d’Auguste a Trajan* (Vandoeuvres-Genève 1986) 291-317.

nadores arbitrarios⁸. Ciertamente existen no pocas noticias acerca de gobernadores acusados de *repetundae* por su mala gestión al frente de las provincias orientales⁹. Los casos más conocidos, gracias a las informaciones transmitidas por Dión de Prusa y Plinio, son los de Julio Baso y Vareno Rufo, procesados ambos por conducta deshonesta durante sus mandatos al frente de la provincia de Ponto-Bitinia¹⁰. No es extraño que entre los regalos más apreciados con que un emperador podía cumplimentar a una ciudad se encontrase la exención de las visitas y de la jurisdicción del gobernador¹¹, ni que las ciudades trataran de influir en la decisión del emperador al alabarle por su elección de gobernadores (T2, 415.12-14) que actuaban con justicia y no como simples recaudadores de impuestos (T2, 375.18-21).

El elogio del gobernador que llega por primera vez a su provincia se desarrolla conforme al modelo del *elogio en el futuro*¹², esto es, al recién llegado se le supone una actuación merecedora de elogio ya que aún no ha tenido tiempo de hacer nada pues: “¿Cómo no está claro unánimemente que va a gobernar bien en beneficio de los súbditos?” (T2, 380.5-6). Pero ésta es sólo una explicación técnica ya que el catálogo de virtudes que se desarrolla no es una simple adulación retórica, a pesar de que siga paso a paso las rúbricas del encomio¹³. A través de los distintos *topoi* se muestra, entre la súplica y la queja, aquello que se espera del nuevo magistrado; se trataría de una especie de programa para la entrada en funciones del nuevo gobernador. La elección de la forma del encomio respondería a una necesidad política: es en el marco ceremonial y con lenguaje ritual donde se articulan las relaciones con Roma. Trataremos de ver cómo algunos de los *topoi* utilizados aluden a ciertas funciones del magistrado o iluminan ciertos aspectos de la relación gobernador-gobernados. Una de las tareas más relevantes del gobernador fue la administración de justicia¹⁴ que afectaba directa y habitualmente la vida de los pro-

⁸ D. Chr. Or. 38.36-37, cf. P. Desideri, *Dione di Prusa. Un intellettuale greco nell'impero romano* (Messina-Firenze 1978) 421-422.

⁹ P. A. Brunt, “Charges of Provincial Maladministration under the Early Principate”, *Historia* 10 (1961) 189-227; R. J. A. Talbert, *The Senate of Imperial Rome* (Princeton 1984) 506-510; F. Millar, *The Emperor in the Roman World (31 BC-AD 337)* (London 1977) 345-349, 391-394, 437 y 443-444.

¹⁰ D. Chr. Or. 43.11, cf. C. P. Jones, *The Roman World of Dio Chrysostom* (Cambridge 1978) 188, n.59; Plin. Ep. 4.9; 5.20; 6.5,13; 7.6,10, cf. A. Sherwin-White, *op. cit.* 60-62 y 274-275; B. F. Harris, “Bithynia: Roman Sovereignty and the Survival of Hellenism”, *ANRW* 2.7.2 (1980) 884-885; St. Mitchell, *Anatolia. Land, Men and Gods in Asia Minor* 1 (Oxford 1993) 203. El gobernador de Cilicia también fue fuente de malestar en Tarso: D. Chr. Or. 34.15, 38-42, cf. C. P. Jones, *op. cit.* 78-80.

¹¹ Cf. F. Millar, *op. cit.* 431.

¹² Cf. L. Pernot, *op. cit.* 715-717.

¹³ El eje central lo constituyen las acciones (*aretai*) que se mantienen como el *topos* más importante durante el período imperial y clasifican según las virtudes (*phrónesis* o *sophía*, *sophrosýne*, *dikaíosýne* y *andreía*), si bien su tratamiento no es exhaustivo a diferencia del tratamiento pormenorizado que realiza en el *basilikòs lógos*, cf. M. J. Ponce, “Menandro Rétor y el discurso imperial”, *Habis* 29 (1998) 221-232.

¹⁴ Cf. V. Chapot, *La Province Romaine Proconsulaire d'Asie* (Paris 1904) 351-357; D. H. A. Jones, *The Greek Cities from Alexander to Justinian* (Oxford 1940) 121-123; G. P. Burton, “Proconsuls, Assizes and Administration of the Justice under the Empire”, *JRS* 65 (1975) 92-106; D. Macro, “The Cities of Asia Minor under the Roman Imperium” *ANRW* 2.7.2. (1980) 670-672; F. Jaques, *Rome et l'intégration de l'Empire* 1 (Paris 1990) 181-183.

vinciales. Se desarrollan en torno a ella una serie de imágenes relacionadas con las virtudes de la justicia o la sabiduría. Se le compara con Éaco, Minos y Radamantis¹⁵ como excelsos modelos de justicia (T2, 379.16-18, 380.21-22), con legisladores eminentes, con Demóstenes o Néstor (T2, 416.1-2), Aristides o Foción (T2, 416.11), se alaban su experiencia legal (T2, 415.26-27), su capacidad de arbitrar disputas entre particulares (T2, 389.6-7, 415.27-29) y su accesibilidad y buena disposición a la hora de atenderlas (T2, 416.5-7). Estas prerrogativas jurídicas del gobernador hicieron que los políticos locales llevaran sus quejas o propuestas a los magistrados buscando un apoyo para su causa, incluso cuando no era necesario el veredicto de Roma¹⁶. La frecuencia con que el ejercicio de un proconsulado en las provincias orientales permitía el enriquecimiento ilegal determinaría la aparición de constantes apelaciones a la integridad e insobornabilidad del gobernador en las causas judiciales (T2, 416.7-10) y a su ejemplar rechazo del lucro y los placeres como muestras de su moderación (T2, 379.32-380.1, 416.18-19). La ciudad se jugaba mucho con el nuevo gobernador y por ello demandaba de él una actuación judicial honesta: “Nadie injustamente estará en prisión o será castigado por la ley, el rico no gozará de preferencia, ni caerá por los suelos la causa justa del pobre. Dejen nuestros ricos de presumir de su riqueza, dejen los pobres de lamentarse de su debilidad” (T2, 379.20-24). Estas palabras evocan un nuevo tópico de la literatura, la oposición entre ricos y pobres, que parece tener una realidad más allá de la retórica. La ciudad griega desarrolló en su seno unos agudos contrastes de clase¹⁷. Detrás de las optimistas declaraciones sobre la *Pax Augusta* y la Edad de Oro, se desarrolló un enfrentamiento social que se plasmó en un conflicto entre ricos y pobres¹⁸. Tenemos algunas noticias de la existencia de tensiones sociales a través de los conflictos entre la asamblea y el consejo de ciudades de Cilicia y Bitinia. Conocemos los casos de Tarso (D.Chr. Or. 34.16-23) y Nicea (D.Chr. Or. 39.3-8) o el de Prusa, en el que se suspendieron las asambleas por considerarse fuente de problemas (D.Chr. Or. 48). Ésta es la razón esgrimida por Casio Dion para aconsejar en su Discurso a Mecenas la supresión de las asambleas en las ciudades griegas (52.30.2). No se puede traducir directamente el enfrentamiento entre el consejo y la asamblea como un enfrentamiento entre ricos y pobres, pero no hay duda de que reflejan tensiones en el seno de la sociedad. Parece que existió entre las clases bajas una mala disposición que podía estallar en violencia cuando las condiciones de

¹⁵ Para la comparación de los gobernadores con Minos o Radamantis, cf. L. Robert, *Hellenica* 4 (1984) 21-22, n. 3; 99, n. 49.

¹⁶ Esto despertó las críticas de Plutarco (*Mor.* 814E-815A) y de Dion de Prusa (*Or.* 38.33-37, *Or.* 48.7, *Or.* 39.4) por considerarlo sumamente perjudicial para la comunidad. Cf. J. H. Oliver, “The Roman Governor’s Permission for a Decree of the Polis”, *Hesperia* 23 (1954) 163-167.

¹⁷ Cf. D. Magie, *Roman Rule in Asia Minor* (Princeton 1950) 600; B. Forte, *Rome and the Romans as the Greeks saw them* (Roma 1972) 290; D. Macro, *art.cit.* 690-692; G. E. M. de Ste. Croix, *La lucha de clases en el mundo griego* (Barcelona 1988) 352-382; M. Satre, *El Oriente Romano* (Madrid 1994) 198-201.

¹⁸ Analizado ampliamente por M. Mazza, “Sul proletariato urbano in epoca imperiale. Problemi del lavoro in Asia Minore”, *Syculorum Gymnasium* 27 (1974) 237-278.

subsistencia se veían gravemente amenazadas¹⁹ y que inevitablemente se dirigía contra aquellos que detentaban el poder, autoridades romanas y magnates locales²⁰. Estas tensiones eran en ocasiones acentuadas por las declaraciones de los filósofos cínicos que soliviantaban los ánimos de un proletariado frecuentemente en condiciones extremas. Menandro nos informa de la necesidad de llamar a la concordia a los agitadores del orden por medio de un discurso (T2, 390.12) y Dión condena a los falsos filósofos y sofistas peligrosos que incitaban a la revuelta (*Or.* 32.62)²¹. De esta manera vemos multiplicarse las apelaciones de los oradores a la paz social y desarrollarse hasta la saciedad el tópico de la concordia²². Por otra parte, en el *basilikòs lógos* Menandro relaciona directamente al gobernador con la recaudación de impuestos (T2, 375.18-21). Ciertamente estos magistrados tenían competencias financieras en las provincias asignadas, pudiendo examinar personalmente las cuentas públicas de las ciudades que visitaban²³. Esta actuación revestía especial significación, dadas las dificultades económicas por las que frecuentemente atravesaban las ciudades del Oriente griego²⁴. En conexión con ello se encuentra la labor de vigilancia o control de las tareas constructivas de la ciudad, pues frecuentemente excedían la capacidad financiera de las mismas. Ulpiano define la inspección de los edificios públicos como propia del gobernador provincial (*D.* 1.16.7.1). También Menandro señala que el gobernador hace prosperar las ciudades (T2, 416.10) mediante la construcción de edificios públicos (T2, 389.5-6). Quizás no aluda con ello sólo a sus obligaciones de inspección sino que pretenda favorecer actuaciones evergéticas en este sentido (T2, 416.5-7). Conviene señalar cómo la capacidad de replicar a los rétores que Menandro elogia en el gobernador (T2, 415.31) podría relacionarse con la posibilidad abierta a los próconsules de asistir a las reuniones de la asamblea y el consejo de la ciudad que visitaba²⁵. Finalmente, la relación que la ciudad establece con el emperador por medio de las cartas del gobernador adquiere gran importancia en el elogio del mismo, de forma que se lo relaciona con la virtud más importante, la valentía (T2, 379.25-26,

¹⁹ Cf. Philostr. *VS.* 531; *VA.* 1.15; *D. Chr. Or.* 46.8; *Aristid. Or.* 24. Sobre el problema de la carestía en las ciudades griegas de Asia Menor, véanse M. I. Rostovtzeff, *Historia social y económica del Imperio romano* 1 (Madrid 1937) 344, n. 9, R. MacMullen, *op. cit.* 249 ss. y M. Mazza, *Lotte sociali e restaurazione autoritaria nel III secolo D.C.* (Bari 1973) 438-441.

²⁰ Este tipo de episodios son frecuentes en la historia de la ciudad de Roma, tanto en época republicana como imperial, cf. P. A. Brunt, "La Plebe de Roma", en M. I. Finley (ed.), *Estudios sobre historia antigua* (Madrid 1981) 87-117 y Z. Yavetz, *Plebs and Princeps* (Oxford 1969).

²¹ Cf. R. MacMullen, *op. cit.* 46-94; C. P. Jones, *Plutarch and Rome* (Oxford 1972) 126-130.

²² Cf. A. Bravo, "Notas sobre el tema de la concordia en Dión de Prusa", *Habis* 4 (1973) 81-92; A. R. R. Sheppard, "Homonoia in the Grek Cities of the Roman Empire", *AncSoc* 15-17 (1984-1986) 229-252; O. Andrei, "'Il tema della Concordia' in Dione di Prusa (*Or.* 38, 39, 40, 41). Ceti dominanti e ideologia nel II secol d.C.", *SRISF* 1 (1981) 89-120.

²³ *Plin. Ep.* 10.47; *D. Chr. Or.* 48.1-9.

²⁴ Cf. A. H. M. Jones, *op. cit.* 135-140; D. Magie, *op. cit.* 593-658; F. Millar, *op. cit.* 426-429; D. Macro, *art. cit.* 668-670 y 682-684; M. Sartre, *op. cit.* 140-146.

²⁵ La presencia de gobernadores en estas reuniones está atestiguada con anterioridad a época severa, cf. *D. Chr. Or.* 48.1 y 15; *Or.* 45.15-16.

389.4-5, 415.29-31, 416.24-26). Esto ha de leerse, como tendremos ocasión de ver, en el contexto de la necesidad de tramitar los ofrecimientos y peticiones al emperador, sentidos como vitales por las ciudades griegas, por medio del gobernador.

Estos elogios del gobernador o cualquier otro tipo de discurso epidíctico sólo se entienden atendiendo a las circunstancias concretas para las que fueron elaborados y el transfondo socio-político en el que se desarrollaron. Las amplias prerrogativas y tareas del gobernador provincial que hemos tenido ocasión de ver se remontan a época republicana; ya entonces las obligaciones de éste, tanto militares como de administración de justicia, implicaban frecuentes viajes dentro de la provincia y de una provincia a otra. Esta práctica continuó durante el imperio, de forma que la presencia del gobernador era, para los provinciales, más frecuente y cotidiana que la del emperador. Probablemente ésta es la razón por la que Menandro consideró el *epibatérios* y el *prosphonetikós* únicamente para el gobernador, cuyos viajes y recepciones debieron ser una práctica constante durante los siglos II y III de nuestra era. La celebración en las ciudades griegas de la llegada de la autoridad romana se inspiró en la tradición de las antiguas llegadas reales. La ceremonia que tenía lugar en tales ocasiones se llamaba *apántesis* y desde época helenística seguía unos pasos más o menos regulares. La llegada del monarca se anunciaba con antelación, de forma que los súbditos tenían tiempo de prepararse y decorar la ciudad. El día señalado la ciudadanía en procesión, encabezada por los altos dignatarios, se dirigía al encuentro del gobernante a las afueras de la ciudad. En la procesión se destacaban flores, ramas de olivos o palmera, luces, incienso, enseñas de asociaciones y corporaciones cívicas y, lo más importante, las estatuas de los dioses. Los cantos y las aclamaciones también formaban parte del ritual. Tras el intercambio de saludos el recién llegado era conducido al interior de la ciudad, donde podían continuar las ceremonias de bienvenida. La época imperial asistió al mantenimiento y desarrollo de este tipo de ceremonias con ocasión de la llegada de alguna autoridad romana, ya fuera el emperador o el gobernador de la provincia²⁶. El ritual incluía un discurso de salutación realizado por algún destacado miembro de la comunidad, si bien esta misma función pudo ser desempeñada por un poema (T2, 427.24-25). Sabemos por Tácito que Germánico fue recibido con tales honores a su llegada a Atenas (*Ann.* 2.53.3). En el *corpus* de Aristides encontramos dos discursos de este tipo para la ciudad de Esmirna (*Ors.* 17 y 21) y Filóstrato nos informa de cómo Herodes Ático pronunció un discurso de salutación a Hadriano en nombre de los atenienses sin demasiado éxito (*VS.* 565). También tenemos noticias de un *prosphonetikós* que Calínico dirigió a Galieno en el s. III (*Suda*, s.v. "Kallinikos", Adler) y de otro que en el s. IV Libanio dedicó con el mismo título a

²⁶ Cf. F. Millar, *op.cit.* 28-40; H. Halfmann, *Itinera Principum. Geschichte und Typologie der Kaiserreisen im Römischen Reich* (Stuttgart 1986) 111-142; S. McCormack, "Change and Continuity in the Late Antiquity: the Ceremony of *Adventus*", *Historia* 21 (1972) 721-752; "Latin Prose Panegyrics: Traditions and Discontinuity in the Later Roman Empire", *REAug* 22 (1976) 43-45; *Art and Ceremony in Late Antiquity* (Berkeley 1981) 17-22; L. Pernot, *op.cit.* 95-96.

Juliano (*Or.* 13). Pseudo-Dionisio da reglas para este tipo de discurso (272-277), su *prosphonematikós* corresponde a la primera forma de *epibatérios* del T2 de Menandro (378.4-382.9) con el que saluda la llegada de un gobernador. También define nuestro autor el *prosphonetikós* como un elogio de gobernador, aunque lo utiliza fundamentalmente con ocasión de su recepción en una ciudad (T2, 414.13-418.4). Aparentemente el *epibatérios* del T2 es pronunciado fuera de las murallas de la ciudad, cuando la población sale al encuentro del que llega; en cambio el *prosphonematikós* de Pseudo-Dionisio se pronuncia una vez que se han atravesado las puertas, cuando el recién llegado ha sido conducido al interior de la ciudad (272.21-273.1). No tenemos datos precisos para el *prosphonetikós* de Menandro, pues no es un discurso que corresponda necesariamente a una llegada. Tampoco conocemos lo relativo al lugar de Esmirna donde se pronunciaron los discursos de Aristides (*Ors.* 17 y 21). Los panegíricos latinos que se nos han conservado parecen indicar que lo normal era que se pronunciase un único discurso de bienvenida, si bien un panegírico que describe la llegada de Constantino a la ciudad de Autum en 311 muestra claramente que el ceremonial incluía una primera recepción fuera de la ciudad y otra más elaborada ya en el interior de la misma²⁷.

El discurso era sólo el principio de las celebraciones que continuaban con la visita a santuarios y templos, sacrificios a los dioses locales, donaciones, festivales y juegos. Estas ceremonias se asimilaron a los *adventus* y triunfos imperiales²⁸ y a las procesiones religiosas locales, con las que aquellos mantenían conexiones formales y que resultaban mucho más familiares para los griegos. Menandro establece en T2, 427.21-24 un claro paralelismo entre la llegada de la autoridad romana y la epifanía del dios Apolo. Es difícil determinar cómo se produjo esta asimilación. Las ceremonias cívicas tradicionales de bienvenida al gobernante pudieron ser gradualmente atraídas a las más antiguas procesiones religiosas. Por otra parte, los oficiales cívicos pudieron adoptar las ceremonias romanas y adaptarlas conscientemente a los desfiles religiosos de tradición griega. De cualquier forma, esta asimilación de elementos religiosos y triunfales transformó la ceremonia de la llegada triunfal del gobernante romano en una expresión simbólica de la universal y eterna Victoria de Roma. La escasa frecuencia de las llegadas imperiales desplazaría todo el ritual hacia las llegadas de la *imago* del emperador²⁹ y la persona del gobernador. No es de extrañar que se utilicen para éste comparaciones propias de

²⁷ *Pan.lat.* 8.7-11, cf. S. MacCormack, *op.cit.* 21 y 28.

²⁸ La ceremonia de llegada en honor de los emperadores romanos, *adventus*, toma sus características de la *apántesis* del mundo griego, aunque llegó a fundir ciertos elementos del triunfo romano o entrada de un general victorioso en Roma (que desde finales de la República era una ceremonia reservada al emperador). Aunque mejor atestiguadas para Roma, estas ceremonias de bienvenida o despedida, *adventus* o *profectio*, fueron repetidas en cierta forma en cada una de las ciudades por las que pasaba el emperador. Cf. R. Brilliant, *Gesture and Rank in the Roman Art* (New Haven 1963) 173-174; S. MacCormack, *art.cit.* (1972) 721-726 y *op.cit.* 17-22.

²⁹ Cf. S. R. F. Price, *Rituals and Power. The Roman Imperial Cult in Asia Minor* (Cambridge 1984) 205-206.

la figura imperial como Heracles (T2, 389.18-22), Alejandro (T2, 426.23) o el Sol (T2, 378.12, 378.22, 380.29-31)³⁰. Así pues, en el s. III la recepción oficial de una ciudad a un gobernador provincial se desarrolló en un contexto religioso. Se trataba de un encuentro ritualizado de éste con los dioses de la ciudad, los magistrados y el pueblo, de forma que, como veremos, conseguía el vital consenso sobre la legitimidad de su gobierno. En este recibimiento era práctica común llevar las estatuas de los dioses de la ciudad desde sus santuarios o templos al encuentro del recién llegado como en una procesión festiva. Flores, incienso, música, estatuas y altares acompañaban el recorrido en el que los coros cantaban frases de regocijo por la feliz llegada (T2, 417.27-28, 427.26-27). El intercambio religioso continúa con las visitas a los santuarios y templos, donde ofrecía sacrificios, reparaba los recintos sagrados y concedía donaciones a los dioses y a sus fieles, concluyendo normalmente con la celebración de festivales y juegos. Estas ocasiones tenían gran valor para los súbditos griegos y fueron captadas y difundidas a través del simbolismo tanto de imágenes pictóricas (T2, 381.19, 417.30-418.3) como literarias (T2, 381.19-21, 427.24-27): “Enviemos imágenes a Delfos, a Olimpia, a Atenas, tras haber llenado primeramente nuestras ciudades. Quede ahora él dibujado, rodeado en círculo por la familia de los súbditos, todos bendiciéndolo, aplaudiéndolo; que en la pintura también las ciudades, en forma de mujer, radiantes y llenas de alborozo, guíen la procesión” (T2, 417.30-418.3).

Todos estos rituales ligados a la ceremonia del *adventus* no sólo demostraban la piedad del representante de Roma, sino que también mantenían la ficción política de una igualdad entre ésta y la ciudad griega personificada por sus dioses ancestrales. Gracias a esta peregrinación el gobernador lograba el reconocimiento de los súbditos griegos que consideraban que el mantenimiento del culto a los dioses garantizaba el bienestar y prosperidad de la ciudad. Este encuentro con la ciudad no se realizaba únicamente a través del contacto con sus dioses, toda la ciudad en pleno acudía a reunirse con tan alta personalidad: “...Hemos salido a tu encuentro todos con las familias al completo, niños, ancianos, hombres, corporaciones sacerdotales, asociaciones políticas que como pueblo te acogemos desbordante de alegría, todos dando muestras de cariño con sus saludos” (T2, 381.7-11). Tanto aquí como en otros panegíricos latinos la gente es enumerada en grupos de edad y *status* que estarían más o menos de acuerdo con el orden del desfile procesional. Esta procesión cívica, que recorre las calles de la ciudad decoradas para la ocasión, porta las estatuas de los dioses hasta las afueras de la ciudad donde recibe al gobernador, que, incorporado a la procesión, hace su entrada en la ciudad. El gobernante se encuentra así a su llegada con un ordenado y organizado cuerpo ciudadano encabezado por sus dignatarios. Con esta enumeración se quiere indicar, más que la división jerarquizada de la sociedad, el hecho de que todos estaban presentes, el

³⁰ Cf. M. J. Ponce, *art. cit.* 231-232 (para la imagen del emperador); 229-230 (para la identificación imperial con Heracles, Alejandro y el Sol).

conjunto del pueblo que voluntariamente expresaba el *consensus omnium* fundamental para cualquier legitimación del poder³¹. El orador jugó un papel crucial en la expresión de este consenso, pues el panegirista, como veremos más detalladamente en el caso de la embajada, habla en nombre de toda la comunidad. Hemos visto como la ceremonia de recepción del gobernador va *in crescendo* desde la procesión, pasando por el discurso de bienvenida, la visita y sacrificios a altares y templos, el júbilo de los provinciales ante la idea de los ansiados dones imperiales y la culminación con la concesión e inauguración de los festivales y juegos en honor de los dioses inmortales y a la salud del emperador. La importancia de este momento es perfectamente captada por Menandro al aconsejar a los futuros panegiristas que concluyan su discurso del siguiente modo: “Ábranse los teatros, celebremos festivales, demos gracias unánimemente a los emperadores y a los poderes divinos” (T2, 381.21-22).

También el ritual de las embajadas, que incluían como es lógico elaborados discursos, servía de vehículo para el intercambio privilegiado entre los súbditos y sus gobernantes, entre el imperio y la ciudad griega. En estos discursos³² el embajador habla en nombre de la colectividad, es la *voz de la patria*³³. El propio embajador declara que su voz debe ser considerada como la de toda la ciudad (T2, 423.26-28, 425.19). Esta función del orador como portador de la palabra colectiva es propia de los discursos institucionales en los que se consigue involucrar e identificar con el discurso a los oyentes. Así se aprecia por empleo del *nosotros* para señalar la existencia de una comunidad de la que el orador se hace intérprete. En el elogio del emperador el orador habla en nombre de todos los súbditos al proclamar su felicidad y en el discurso de bienvenida a un gobernador que entra en el cargo, Menandro emplea el *nosotros* en nombre de toda la provincia (T2, 378.11.27; 379.2.15.26; 380.17.20.27). Más frecuentemente el *nosotros* se circunscribe a la ciudad como en el *prosphonetikós* (T2, 417.21), el *stephanotikós* (T2, 422.10.31) o el *sminthiakós* (T2, 437.10; 439.22.30.32; 440.2.10.12.16.22; 441.21; 442.1.21; 444.13; 445.14).

La importancia que estas ceremonias revestían para la legitimidad del poder imperial determinó que existiera siempre un cierto elemento de compulsión u obligatoriedad en las mismas, de forma que se hacía imprescindible para el individuo o la ciudad mostrar su lealtad a través del protocolo de bienvenida o el envío de una embajada³⁴. Estos traslados de las autoridades romanas o los embajadores cívicos

³¹ Cf. H. U. Instinsky, “*Consensus Universorum*”, *Hermes* 75 (1940) 265-278; K. Oehler, “*Der consensus omnium als Kriterium der Wahrheit in der antiken Philosophie und der Patristik*”, *A & A* 10 (1961) 103-129.

³² Menandro trata los siguientes discursos de embajada: *stephanotikós* (T2, 422.5-423.5), *presbeutikós* (T2, 423.6-424.2) y *kletikós* (T2, 424.3-430.8).

³³ Cf. L. Pernot, *op.cit.* 613.

³⁴ Esto se aprecia claramente en el caso de los *adventus* imperiales y para situaciones de debilidad o inestabilidad dinástica. Cf. F. Millar, *op. cit.* 31; F. Gascó, “The Meetings between Aelius Aristides and Marcus Aurelius in Smyrna”, *AJPh* 110 (1989) 471-478 y “Septimio Severo en Anazarbo”, *Emerita* 60 (1992) 235-239.

cos suponían para los provinciales un considerable esfuerzo económico derivado de la necesidad de traslado, abastecimiento y alojamiento y de la organización de los elaborados rituales de bienvenida, entretenimiento y despedida. Junto al esfuerzo económico que estos viajes representaban para los provinciales griegos, se abría la posibilidad de una serie de compensaciones. A nivel individual los particulares podían acceder más fácilmente a hacer sus reclamaciones y los notables, ocupados en el desarrollo y brillo del ritual, podían ver aumentado su prestigio y proyección social. Pero mayor importancia revisten las compensaciones a nivel colectivo. La ciudad podía obtener donaciones de carácter material pues en estas ceremonias tenían lugar frecuentemente peticiones y concesiones en las que, en un sentido real, el gobernador, en nombre propio o del emperador, se podía mostrar como benefactor y salvador de sus súbditos. El deseo de que tales donaciones se produjesen llevaba a los provinciales a aclamarlo a su llegada, llamándolo “salvador y baluarte, la estrella más luminosa”, mientras que los niños lo consideraban “sustento suyo y salvador de sus padres” (T2, 381.11-13)³⁵. La ciudad también veía aumentado su prestigio y la posibilidad de establecer templos, festivales y privilegios y los títulos a ellos asociados³⁶. El gobernador como representante del poder imperial, por su parte, obtenía la adhesión de los súbditos y el imprescindible consenso para la legitimidad de su gobierno. Pero estas ceremonias, con independencia de los motivos que tuvieran sus distintos actores, constituían uno de los mecanismos para articular la relación entre el centro y la periferia. Gracias al complejo ritual que implicaba la visita del gobernador a una ciudad, los provinciales pudieron ver representada simbólicamente su relación con el poder central e interiorizar su lugar en el universo social. Por medio de esta dinámica se integraba mejor a la ciudad en el imperio, al mismo tiempo que se reafirmaba la identidad y singularidad de la ciudad y la jerarquía social y política en la que se sustentaba. Ciertamente por encima de la intención *subjetiva* de los actores, existía una dinámica *objetiva* del sistema que unía a griegos y romanos³⁷: por encima de los intereses de los embajadores, de las aspiraciones de las ciudades o de los deseos del emperador y del gobernador, estos rituales se mantuvieron por su propia dinámica objetiva como medio de articulación entre gobernantes y gobernados. Los rituales como el *adventus* o la diplomacia ritualizada de las embajadas, constituyeron formas de conceptualización del mundo: no son simples adulaciones u honores dirigidos a la autori-

³⁵ Para los términos “salvador” y “benefactor”, cf. A. D. Nock, “*Soter and Euergetes*”, en A. D. Nock, *Essays on Religion and the Ancient World* (Oxford 1972) 720-735.

³⁶ El deseo de las ciudades de obtener estos beneficios determina uno de los fenómenos más sorprendentes y característicos de la vida cívica de la Grecia Imperial: la rivalidad entre sus ciudades. Cf. V. Chapot, *op. cit.* 144-146; D. Magie, *op. cit.* 635-639, 1496-1501; L. Robert, “La titulature de Nicée et Nicomédie: la gloire et la haine”, *HSPH* 81 (1977) 1-39; S. R. F. Price, *op. cit.* 126-132; F. Gascó, *Ciudades griegas en conflicto (s. I-III d.C.)* (Madrid 1990); M. Sartre, *op. cit.* 202-210.

³⁷ Esta doble línea de aproximación (objetiva y subjetiva), utilizando el modelo del *regalo-intercambio* de P. Bourdieu, ha sido aplicada a la interpretación del culto imperial por S. R. F. Price, *op. cit.* 65-77.

dad romana, sino un medio de definir simbólicamente la posición del imperio en relación a la ciudad griega. De esta forma, al introducir al emperador o al gobernador romanos en el sistema de valores helenos gracias en gran parte al desarrollo del lenguaje altamente formalizado de los discursos, los provinciales griegos pudieron representar ante sí mismos el poder central y definir la relación súbditos-gobernante que les daba la posición que ocupaban en el mundo.